

## CENTRO DE COPIADO DE HUMANIDADES.

Carrera Filosofía  
Cátedra Introducción Fi 01

Código: 21

Descripción

Autor: García Norente  
Libro:  
Capítulos: Lección XII: El empirismo inglés

Copias: 9 Monto: \$

Original revisado y aprobado por el docente... later líneas  
cargo. titular... quien firma en conformidad con el estado del original.

re

## CENTRO DE ESTUDIANTES DE HUMANIDADES

CONDUCCION: FRENTE 20 DE DICIEMBRE  
(ATUEL- Confluencia-<sup>1a</sup> Corriente)

### LECCIÓN XII

### EL EMPIRISMO INGLÉS

Psicologismo. Locke. Las ideas innatas. El origen de las ideas. Origen psicológico. Sensación y reflexión. Cualidades primarias y secundarias. Berkeley. Inmaterialismo. La realidad como vivencia. Hume. Impresiones e ideas. Substancia. El yo. Causalidad. La "creencia" en el mundo. Positivismo metafísico.

La necesidad de iniciar la filosofía por la teoría del conocimiento radica en la esencia misma del idealismo. Ya lo vimos en las lecciones anteriores. La actitud prudente y cautelosa se revela en que, antes de dar un paso, se examinan las posibilidades de darlo, los peligros que se pueden correr, las maneras de evitar esos peligros. Y esto que acaba de expresar metafóricamente se puede concretar en los términos estrictos: de que una teoría del conocimiento debe preceder, en el idealismo, a toda posición con respecto al ser, al pensar y a la existencia. En virtud de lo cual pareció indispensable que antes de entrar nosotros plenamente en el desenvolvimiento de la filosofía moderna —que en su esencia es toda ella idealismo— era conveniente analizar fenomenológicamente eso que se llama conocimiento; describir ese conocimiento cuya teoría va a anteceder todo esfuerzo metafísico.

Nosotros realizamos esta descripción fenomenológica del conocimiento; encontramos los elementos que constituyen el conocimiento; vimos la estructura de estos elementos;

200-1017

cómo se condicionan unos a otros y qué función desempeñan en la complejidad del conocimiento. Y terminamos observando que dada la estructura del conocimiento, este fenómeno del conocimiento linda, está en contacto íntimo con tres esferas esenciales de la filosofía: con la psicología por una parte, puesto que en el conocimiento hay vivencias; con la lógica de otra parte, puesto que en el conocimiento hay vivencias de enunciación, en donde se enuncian tesis, proposiciones, afirmaciones o negaciones; y en tercer lugar con la ontología, porque en el conocimiento las vivencias de enunciación recaen sobre un objeto, son vivencias de enunciación de algo acerca de algo.

Y decíamos, al terminar, que en la filosofía moderna el desenvolvimiento del idealismo oscila entre esos tres elementos colindantes del conocimiento. Unas veces prepondera en la reflexión filosófica el punto de vista psicológico e invade los otros dos con peligro de anularlos por completo; otras veces prepondera en el pensamiento filosófico la consideración lógica; otras veces, por último, prepondera la consideración ontológica. Una preponderancia excesiva de cualquiera de estas tres consideraciones amenaza llevar a la lógica, a la psicología y a la ontología conclusiones que se suponen extraídas de la teoría del conocimiento, pero que en realidad son llevadas desde una de esas tres esferas a la otra.

Psicologismo.

El ejemplo más típico de ello lo vamos a ver hoy, cuando persigamos en su evolución histórica, en sus puntos principales, el empirismo inglés. El empirismo inglés va a ser para nosotros el cuadro ejemplar de una evolución intelectual que cada vez con más energía, cada vez con más intensidad, desvirtúa el punto de vista exclusivamente psicológico; y este punto de vista psicológico va a hacer desaparecer del fenómeno conocimiento lo que hay en él de lógico y de ontológico, acabando el empirismo inglés —consecuente consigo mismo— por anegar, sumergir la totalidad del conocimiento en pura psicología, y por consiguiente, anulando lo que pudiéramos llamar el valor lógico y la realidad ontológica del conocimiento.

El empirismo inglés se inicia con John Locke. La filosofía en el momento en que viene al mundo filosófico John Locke, es todavía predominantemente cartesiana. Desde luego, el punto de vista idealista es dominante ya en la filosofía; pero no sólo el punto de vista idealista en general, sino que además la concreta solución dada por Descartes al problema metafísico predomina aún en la filosofía europea. Así, el problema metafísico encuentra en esta filosofía la solución substancialista de Descartes. Yo descubro "mi" propio ser como ser pensante; descubro entre mis ideas la idea de Dios, cuya esencia envuelve la existencia; y merced a esta idea de Dios como garantía, afirmo la existencia de los objetos de mis ideas claras y distintas; por consiguiente, del espacio, movimiento, número y sus modificaciones. De donde Descartes extrae una metafísica de las tres substancias: la substancia pensante (el alma); la substancia extensa (el cuerpo) y Dios, substancia infinita creadora.

Esta triplicidad de la substancia domina absolutamente en la filosofía cuando llega Locke. El punto de partida de Locke es, pues, el punto de la filosofía cartesiana. Pero Locke se plantea desde luego, con una claridad absoluta, el problema metafísico como problema del conocimiento. Locke, con plena conciencia de la necesidad que radicalmente hay en el idealismo de poner en claro el problema del conocimiento, inicia su labor filosófica preguntándose: ¿cuál es la esencia, cuál es el origen, cuál es el alcance del conocimiento humano? Ahora bien: el conocimiento se constituye por medio de ideas. Toma Locke la palabra "idea" en un sentido que antes y después de él no ha tenido en la filosofía; la toma como traducción en lengua moderna de la palabra latina "cogitatio" usada por Descartes. Para Descartes "cogitatio" es "pensée", pensamiento; y pensamiento es todo fenómeno psíquico en general. Una sensación es un "cogitatio"; una proposición lo es también; una afirmación o negación de la voluntad lo es también. En suma, cualquier vivencia psíquica es llamada por Descartes "cogitatio".

Locke.

Las ideas  
innatas.

Pues bien: Locke emplea la palabra "idea" en este mismo sentido general con que Descartes emplea la palabra "cogitatio". Locke parte de una distinción que había hecho Descartes entre las ideas. Descartes había distinguido tres grupos de ideas: unas que él llamaba adventicias; otras que llamaba ficticias, y otras innatas. Las ideas adventicias son las que sobrevienen en nosotros puestas por la presencia de la realidad externa; las ideas ficticias son las que nosotros mismos, por medio de nuestra imaginación, formamos en el alma; las ideas innatas son las que constituyen el acervo propio del espíritu, de la mente, del alma; son las que están en el alma sin que las haya puesto ninguna cosa real, ni hayan sido formadas por nuestra imaginación.

El punto de partida de Locke consiste: primero, en negar que en nuestra alma haya ninguna idea innata; segundo, en preguntarse: ¿cuál es el origen de las restantes ideas? Si no hay en el alma ninguna idea innata; si el alma es semejante a un papel blanco, "white paper", o como han traducido sus traductores latinos, una "tabla rasa" en la cual nada está escrito y todo viene a ser escrito posteriormente por la experiencia; si no hay, pues, ideas innatas, el problema que se plantea es el de cuál sea el origen de las ideas; y éste es el problema que Locke trata con mayor profundidad.

El origen de  
las ideas.

Ahora bien: una vez planteado el problema del origen de las ideas, hallábase Locke en la encrucijada de dos caminos: o bien entendía por origen la génesis natural, psicológica, de las ideas en la evolución psicológica del hombre; o bien entendía por origen la derivación lógica de una idea respecto de otra que puede ser su antecedente racional; o bien entendía el origen en el sentido de las verdades de hecho de que habla Leibniz; o bien entendía la palabra origen en el sentido de las verdades de razón, según dice también Leibniz. Un ejemplo aclarará lo que quiero decir. Es el mismo ejemplo que puse en la conferencia anterior, y me bastará, pues, aludir a él. El origen de una idea, como la idea de esfera, puede ser considerado psicológicamente o lógicamente. Psicológicamente estudiaremos las sensaciones, las percepciones que ha podido producir naturalmente, bio-

lógicamente, en nosotros la noción de esfera; por ejemplo, el haber visto objetos de esa forma, naturales o artificiales. Pero otro sentido de la palabra origen es considerar la esfera como originada por el movimiento de media circunferencia girando en derredor del diámetro.

Tenía, pues, que elegir Locke aquí en qué sentido iba a tomar la palabra origen; y según el sentido en que la tomara empujaba su investigación (y naturalmente la de sus sucesores) por un determinado camino. He aquí que Locke eligió el camino de la psicología. Por origen entiende Locke el mecanismo psicológico según el cual se forman en nosotros las ideas. Desde el principio, pues, la teoría del conocimiento de Locke se coloca bajo el signo de la psicología. Locke distingue dos fuentes posibles de nuestras ideas: la sensación y la reflexión. Locke entiende por sensación el elemento psicológico mínimo, la modificación mínima de la mente, del alma, cuando algo por medio de los sentidos, la excita, le produce esa modificación; y entiende por reflexión el apereibirse el alma de lo que en ella misma acontece. De modo que la palabra reflexión no tiene en Locke el sentido habitual, sino que tiene un sentido equivalente al de experiencia interna; mientras que la palabra sensación vendría a significar la experiencia externa.

Origen psico-  
lógico.

Todo el esfuerzo de sutileza y de análisis de Locke va encaminado a mostrar que las ideas, o son simples y tienen su origen en un sentido o en dos sentidos, o en la combinación de un sentido con la reflexión o de dos sentidos con la reflexión; o son compuestas, es decir, están formadas de amasijos de ideas simples. Así, por ejemplo, la idea de extensión es simple, pero está formada de impresiones que proceden del sentido de la vista, del sentido del tacto y del sentido muscular. Pero la idea de substancia es compuesta; está formada por otras ideas que se conglomeran, que se unen. Esa unión de otras ideas, esa síntesis de otras ideas, es lo que constituye para Locke la idea de substancia, que él define con una palabra muy típica: como el "no sé qué" que está por debajo de las diversas cualidades, de las diversas sensaciones, de las diversas impresiones que una

Sensación y  
reflexión.

cosa nos produce. Ese "no sé qué" era ya desde luego plantear, para otros que vinieran después, el problema de la substancia. Porque Locke no duda un instante, no pone en cuestión la metafísica de Descartes. Por consiguiente, para Locke las ideas simples, que nos vienen de la sensación y de la reflexión, o de una combinación entre sensación y reflexión, son ideas a las cuales corresponde una realidad; una realidad que existe en sí misma y por sí misma, como la substancia extensa de Descartes.

Del mismo modo, nuestra intuición de nosotros mismos es para Locke el camino que nos conduce a la presencia de una substancia real, que existe en sí misma y por sí misma, que somos nosotros mismos. Por consiguiente, la metafísica cartesiana es la que está por debajo de toda la teoría del conocimiento de Locke. Lo único que ha hecho Locke es analizar el conocimiento, desmenuzarlo, llegar a sus últimos elementos, que son las ideas, y mostrar cómo las ideas complejas se derivan por composición, por generalización y abstracción de las simples, y cómo las ideas simples son los elementos últimos que reproducen la misma realidad.

Sin duda, en esa reproducción de la realidad misma no todos los elementos psicológicos tienen igual valor ontológico. Así Locke distingue en las percepciones que tenemos de las cosas, de las substancias, las cualidades que él llama secundarias y las cualidades que él llama primarias. Las cualidades secundarias son el color, el sabor, el olor, la temperatura. Esas cualidades, evidentemente, no están en las cosas mismas; no reproducen realidades en sí y por sí; sino que son modificaciones totalmente subjetivas del espíritu. Pero en cambio las otras cualidades, que él llama primarias—que son la extensión, la forma, el movimiento, la impenetrabilidad de los cuerpos—son propiedades que pertenecen a los cuerpos mismos, a la materia misma. No son, pues, puramente subjetivas, como las cualidades secundarias.

Como ustedes ven, este trabajo de Locke es un ensayo muy esforzado por introducir claridad psicológica en el amasijo del conocimiento. Nuestro conocimiento es un conjunto enorme de ideas, de pensamientos. Locke se llega a ese

conjunto; empieza a analizar, a dividir; va tomando esas ideas, mirándolas una por una; las que son complejas, como los modos, las substancias, las relaciones, las descompone en ideas simples; y a cada una de las ideas simples les asigna un origen empírico, bien en la experiencia externa, que es la experiencia de los sentidos, bien en la experiencia interna, que es el darse cuenta la conciencia de sí misma.

Después de Locke el problema cae íntegramente en las manos del gran filósofo inglés obispo Berkeley. Berkeley introduce en el pensamiento filosófico de Locke una modificación de importancia capital; la introduce empujando, con entera consecuencia, a otros resultados más profundos, el método del análisis psicológico. El psicologismo de Locke (que es todavía relativamente tímido, porque está limitado y contenido por la metafísica cartesiana, que le sirve siempre de base) es empujado por el obispo Berkeley a extremos que rompen ya por completo los moldes de la metafísica cartesiana. El psicologismo de Locke había respetado la substancia de Descartes en su forma de substancia pensante, substancia extensa y Dios. En cambio el obispo Berkeley ataca directamente ese concepto de substancia extensa, de materia. La distinción hecha por Locke entre cualidades secundarias y cualidades primarias lo lleva a negar objetividad a las cualidades secundarias, pero a seguir concediendo plena existencia en sí y por sí a los cuerpos materiales, como substancia extensa. Pues bien: el obispo Berkeley no comprende (y tiene razón) cómo y por qué privilegia Locke estas cualidades primarias y al carácter de puras vivencias del yo les añade además el de ser reproducciones fieles de una realidad existente en sí y por sí, fuera del yo. No lo comprende el obispo Berkeley ni lo comprendo yo. No tiene fundamento, porque si el sabor y el color son vivencias y como puras vivencias no tienen otra realidad que la de ser vivencias, "mis" vivencias, del mismo modo la extensión, la forma, el número, el movimiento, son también vivencias, exactamente lo mismo, iguales vivencias; y como tales vivencias no hay en ellas ninguna nota que nos permita trascender de ellas como vivencias para afirmar la existencia

Berkeley.

Cualidades  
primarias y  
secundarias.

metafísica en sí y por sí de las cualidades que ellas mentan. Consecuente con el psicologismo, el obispo Berkeley descubre en todas las llamadas ideas el mismo carácter vivencial; y como todas ellas son vivencias, ninguna de ellas me puede sacar de mí mismo y trasladarme a una región de existencias metafísicas en sí y por sí.

El obispo Berkeley, con una audacia extraordinaria, plantea el problema ontológico y metafísico; ¿qué es ser?, ¿qué es existir?, y el análisis psicológico no le permite dar a ese problema metafísico más que una respuesta psicológica. ¿Qué llamo yo ser? Ser llamo yo a ser blanco, ser negro, ser extenso, ser verde, ser amarillo, ser duro, ser blando, ser redondo, ser triángulo, ser dos, ser tres, ser cinco; a todo eso llamo ser. Por consiguiente, "ser" es ser-percibido; "ser" es ser percibido como tal blanco, como tal 2, como tal 5, como tal forma. La percepción, como vivencia, es lo único que constituye el ser. No me es dado en ninguna parte un ser que no sea percibido por mí. Imaginen ustedes, dice, una realidad que no sea percibida, ni pueda serlo, ni esté conmigo, en suma, en ninguna relación vivencial. De esa realidad no tengo yo la menor noción; no conozco de ella nada, ni siquiera si la hay; no ya qué es, sino ni siquiera si la hay; porque si conociera que la hay, estaría con ella en una relación vivencial mínima, que es la de haberla, y de haberla para mí; porque si para mí tampoco la hay, ni siquiera hablar de ella puedo. De modo que ser no significa otra cosa que ser percibido. En nuestra terminología (la que nosotros estamos usando aquí) diremos que para el obispo Berkeley el ser de las cosas es la vivencia que de ellas tenemos.

Ven ustedes que aquí llegamos, con el obispo Berkeley, al idealismo subjetivo más completo, porque nuestro problema fundamental: ¿quién existe? es contestado por el obispo Berkeley diciendo: existo yo con mis vivencias; pero allende mis vivencias no existe nada. Él lleva su posición psicologista hasta ese extremo; se llama él a sí mismo inmaterialista; no quiere llamarse idealista porque tiene la coquetería de afirmar que su punto de vista es el de todo

el mundo, aunque es realmente el más difícil, el más abstracto, el más antinatural de los puntos de vista. Él dice: ¡pero si es el punto de vista de todo el mundo! Usted va por el campo y le pregunta a un aldeano qué tiene delante, y le contesta: una carreta tirada por bueyes. Él quiere decir, naturalmente, que ve, que toca, que oye, lo que se ve, lo que se toca, lo que se oye. Algo que exista sin poder ser visto, oído, tocado, no existe para la mente humana natural y espontáneamente. Como ustedes ven, hay aquí un terrible juego de palabras, porque la mente humana espontánea y naturalmente es realista. Es decir, que pone primero la existencia en sí y por sí de las cosas y luego su percepción por nosotros. Pero el obispo Berkeley afirma que la tesis natural es la suya, porque ser, para cualquiera, es precisamente ser tocado con las manos, visto con los ojos y oído con los oídos.

Se ha dado un paso enorme, es verdad, comparado con la actitud de Locke. Este paso enorme ha consistido en proseguir con el psicologismo hasta deshacer la noción de substancia material y quedarnos con la de pura vivencia o pura percepción. Pero en el obispo Berkeley queda todavía un residuo substancialista. El obispo Berkeley niega la existencia de la substancia material; pero en cambio afirma la existencia de la substancia espiritual. El yo me es conocido por una intuición directa. El "cogito" cartesiano sigue actuando perfectamente en la filosofía del obispo Berkeley: yo soy una cosa que piensa, una "res cogitans", un espíritu que tiene vivencias. A mis vivencias no les corresponde nada fuera de ellas; pero esas vivencias son "mis" vivencias, y yo soy una substancia que las tengo. Mas como esas vivencias revelan además una regularidad en su paso por mi mente, se suceden escalonadamente, se engarzan las unas con las otras, se escalonan, se explican un poco las unas con las otras; como constituyen todo un conjunto de vivencias armónico —que es lo que llamamos el mundo— debo suponer y supongo (aparte de otros fundamentos que son de carácter moral y religioso y que en el obispo Berkeley pesan mucho) pero que no pueden entrar aquí, en nuestra

La realidad  
como vivencia.

discusión, que es puramente de teoría del conocimiento y de metafísica) debo suponer que aparte de esos otros hay motivos suficientes para poner ahora la existencia de un espíritu que sea el que ponga en mí todas esas vivencias. Esas vivencias no se ponen en mí ellas solas; las pone en mí Dios, que es puro espíritu, como yo. Y entonces podría pensarse con razón que la filosofía del obispo Berkeley es la que realiza con plenitud máxima la palabra del Evangelio: nosotros vivimos, nos movemos y estamos en Dios.

Hume.

Como ustedes ven, queda un residuo de metafísica cartesiana en el obispo Berkeley, que es la substancia pensante, el espíritu y Dios. Ese residuo de metafísica cartesiana lo vamos a ver desaparecer como por magia ante los formidables embates del tercer gran representante del empirismo inglés, que es Hume. Lo mismo que Berkeley ataca el concepto de substancia material que todavía quedaba superviviente del cartesianismo en la filosofía de Locke; del mismo modo Hume va a atacar ahora el concepto de substancia espiritual, que quedaba todavía sobreviviente en el obispo Berkeley. Y lo va a atacar con la misma arma: el análisis psicológico, el psicologismo.

Impresiones e ideas.

No creo que pueda haber ni exista lectura más entretenida, más embelesadora, que la de los libros de Hume, desde el punto de vista estrictamente psicológico. La maestría con que Hume toma un concepto, una idea cualquiera y la diseca, la analiza, la separa en sus partes, va adscribiendo cada parte a un origen psicológico diferente y deshace una en una hasta reducirla a la nada, es algo admirable, es algo simplemente estupendo. Este método de análisis psicológico, aplicado a la experiencia, le da los resultados magníficos que van a ver ustedes. Porque toda la filosofía de Hume se puede definir por su método. El método es sencillísimo: consiste en rectificar, precisar primeramente la terminología psicológica de sus antecesores, y con esa simple precisión de la terminología psicológica de sus antecesores, llega Hume a plantear con la mayor naturalidad el problema de todo análisis psicológico. Hume llama "impresiones" a los fenómenos psíquicos actuales, a las vivencias de presenta-

ción actuales: yo ahora tengo la impresión de verde. Y llama ideas —restringiendo ahora un poco el sentido de esta palabra— a los fenómenos psíquicos reproducidos, a las representaciones: yo que tenía la impresión de verde, ahora ya no tengo la impresión de verde; pero pienso en ella, la recuerdo o la imagino, y entonces tengo la idea de verde. De modo que tenemos impresiones; pero tenemos muchas más ideas que impresiones. Las impresiones que en un momento determinado tenemos, son relativamente pocas comparadas con el montón de ideas que tenemos, puesto que de cada impresión que en nuestra vida hemos recibido, la huella que ha quedado y que yo reproduzco merced a la memoria o a la imaginación o a la asociación de ideas, constituye un caudal de ideas mucho más numeroso que el de impresiones, puesto que la impresión tiene que ser actual. Ya cuando es rememorada no es impresión sino idea. Pues bien: de aquí se deduce clarísimamente el método maravilloso de Hume. Las impresiones son lo dado; no plantean problema psicológico ni problema metafísico ninguno. Las impresiones constituyen lo que me es dado, lo que está ahí; la última realidad es la impresión. Pero las ideas plantean un problema, que es a saber: ¿de qué impresiones proceden? Si una idea es simple; si es, por ejemplo, el recuerdo del verde, ese recuerdo del verde tiene el origen clarísimo de haber recibido yo antes la auténtica impresión de verde. Pero si la idea es compleja, como la idea de existencia, la idea de substancia, la idea de causa, la idea del yo; si es idea complicada, ¿cuáles son las impresiones de que procede? Tomar esas ideas, analizarlas en busca de la impresión de donde proceden, será el procedimiento que llevará a cabo Hume. ¿Que encuentra la impresión correspondiente? Entonces la idea tiene ya su pasaporte legítimo; es una idea que se puede usar con toda tranquilidad, porque tiene realidad, puesto que procede de una impresión sensible recibida por mí; es la reproducción de una impresión sensible. Pero supongamos que por mucho que se busque, no se le encuentre a una idea la impresión correspondiente. Pues entonces es una idea de contrabando, una idea que no tiene

pasaporte, una idea que no se justifica; es una ficción imaginativa, quizá necesaria, fundada quizá en la ley psicológica de asociación de ideas; pero sería completamente injustificado pretender que a ella le corresponda realidad ninguna. Porque, como les dije a ustedes antes, realidad, para Hume, es impresión. Una idea a la cual no se le encuentre la impresión de donde es oriunda, es idea que carece por completo de realidad.

Substancia.

Es maravilloso el arte psicológico con que Hume toma nociones complicadas y las analiza. Voy a hablarles a ustedes de cuatro de estas nociones, que son famosas en la historia de la filosofía humana por la belleza del análisis llevado a cabo. La primera es el análisis de la idea de substancia. La idea de substancia es una idea; ¿cuál es la impresión que le corresponde? Veamos; que se presente esa impresión; que la idea de substancia nos diga cuál es su carta de legitimidad. Nosotros miramos la idea de substancia y encontramos con que ella designa lo que llama Locke el "no sé qué", que está por debajo de las cualidades y de los caracteres. De modo que si yo digo la substancia de esta lámpara, no quiero decir que designe con la palabra substancia su color verde, porque la lámpara es algo más que el color verde; no quiero decir tampoco que designo este brazo, porque la lámpara es algo más que un brazo: es el color además del brazo. Si designa el color verde, deja de designar el brazo; si designa el brazo, deja de designar el color verde. Hume hace una descomposición como quien abre una naranja en cascos y muestra perfectamente que la idea de substancia no está originada por ninguna de las impresiones que actualmente yo recibo. No es tampoco la suma de ellas; porque por substancia no entendemos la suma de esas impresiones sino un quid, o como dice Locke, un "no sé qué", que sirve de soporte a todas esas impresiones, pero que no es ninguna de ellas. Es decir, que la idea de substancia no tiene impresión de donde pueda ser derivada y que la fundamente; y como no tiene impresión que la fundamente, es una idea formada por nosotros, es

una idea ficticia, como diría Descartes, es una idea de nuestra imaginación.

Pasemos ahora a la idea de existencia misma, a la mismísima idea de existencia. Cuando decimos que algo existe, nosotros podemos encontrar la impresión correspondiente al "algo" del cual decimos que existe. Pero cuando añadimos que existe, ese existir del algo, esa existencia es algo que no encontramos en impresión ninguna. Si yo digo que este vaso de agua existe, y analizo lo que quiero decir, me encuentro con una multitud de impresiones, que son las del vaso de agua. Pero ¿dónde está la impresión de que existe, la impresión de la existencia? No es tampoco la suma de todas las impresiones ni una impresión en particular. Luego la existencia del vaso de agua es algo a lo cual no corresponde ninguna impresión. Es otra idea hecha por nosotros, forjada por nosotros, por nuestra imaginación.

El yo.  
Pero hay más todavía: Locke después de Descartes y seguido por el obispo Berkeley, no duda un instante de la existencia de la substancia "yo". Pero examinemos qué quiere decir el yo. Descartes, al decir que el yo es una intuición que yo tengo de mí mismo, comete un error psicológico garrafal. Yo tengo intuición de verde, de azul; tengo intuición del miedo que siento; tengo intuición de la vivencia que estoy teniendo, de la vivencia de azul, de la vivencia de coraje, de la vivencia del esfuerzo que estoy haciendo para hablar. Pero ¿dónde está la vivencia que no sea vivencia de algo sino vivencia del yo? Me miro a mí mismo por dentro y encuentro una serie de vivencias, pero ninguna de ellas es el yo; muchas vivencias que se suceden repetidamente unas a otras, pero ninguna de ellas es el yo. Cada una de ellas tiene referencia al yo; digo: es "mi" vivencia; pero voy a ver en esa vivencia lo que la vivencia tiene de mí y no encuentro nada. Encuentro verde, azul, esfuerzo; pero no me encuentro a mí mismo dentro de esa vivencia, por mucho que analice y que desdaga. Entonces tengo que concluir que a la idea "yo" no le corresponde ninguna impresión; no procede de ninguna impresión; es otra idea ficticia; es otra idea hecha por nosotros. Nosotros tomamos



nuestras vivencias, las hacemos un haz, y decimos: esto es el yo; pero si miramos lo que hay en ese haz, veremos que hay muchas vivencias, pero ninguna de esas vivencias es el yo, sino que el yo lo hemos añadido caprichosamente nosotros. La substancia pensante de Descartes, el yo de Descartes, que había sido todavía respetado por Locke y por Berkeley, se desvanece. Ya no hay yo; ya no existe el yo.

Causalidad.

El más célebre de los análisis de Hume es el de la causalidad. Cuando decimos que la causa produce el efecto, ¿qué impresión corresponde a ese producir el efecto la causa? No corresponde ninguna impresión. Si yo analizo la relación de causalidad, me encuentro con que algo A existe; de él tengo impresión; luego tengo la impresión de algo B; pero no tengo nunca la impresión de que de A salga ninguna cosa para producir B. Yo veo que hace calor; tengo la impresión de calor; luego mido el cuerpo y lo encuentro dilatado; pero que del calor salga una especie de cosa mística que produzca la dilatación de los cuerpos, eso es lo que no veo de ninguna manera. Por mucho que mire, no encuentro que corresponde a la productividad de la cosa ninguna impresión. Luego esto de la causalidad es otra ficción, como el yo, como la existencia, como la substancia. Son haces, asociaciones de ideas. La frase "asociación de ideas" ha sido inventada por Hume. El concepto de asociación de ideas procede de Aristóteles, pero la frase "asociación de ideas" es de Hume, tanto que ha pasado al lenguaje filosófico y psicológico con la palabra "idea", en el sentido de Hume. En pleno siglo XX nos sorprenden los escritores filosóficos hablando de la asociación de ideas, en la cual toman la palabra idea en el sentido de Hume. Deberían decir asociación de representaciones, o de memorias, o de imágenes, sean de lo que fuere, según la terminología. Pero la toman en el sentido de Hume.

Y bien: estos haces, estas ideas ficticias que son: substancia, existencia, el yo, la causalidad, no son caprichosas. Están hechas en virtud de una regularidad, principalmente en virtud de la asociación de ideas; asociación por seme-

janza: suelen acoplarse y unirse dos ideas cuando son parecidas, semejantes; asociación por contigüidad: suelen acoplarse en nuestra memoria y unirse ideas que están juntas, una al lado de otra; impresiones que se repiten muchas veces unidas, al convertirse luego en ideas, cuando pienso en alguna de ellas inevitablemente me surge la idea de la otra, por sucesión. Y la causalidad no es más que un caso particular de esta asociación de ideas.

Como ustedes ven, la conclusión que de aquí se saca es clara y terminante. Hume es un hombre de una absoluta coherencia en su pensamiento. Primera conclusión que sacamos: la metafísica es imposible. Ya ven ustedes si ha sido útil esta teoría del conocimiento previa; porque ya justamente por la teoría del conocimiento llegamos a ver que la noción de substancia externa, que la noción de substancia interna, son dos nociones a las cuales no corresponde impresión ninguna, o sea que son ficticias. Por consiguiente, es un problema que no tiene sentido plantear si existen substancias o no existen. No tiene sentido plantearlo y menos hay posibilidad de resolverlo. A la pregunta metafísica de ¿quién existe? contestaba Descartes: existo yo, la extensión y Dios; contestaba Locke lo mismo que Descartes; contestaba Berkeley: existo yo y Dios, pero no la extensión; y Hume contesta muy sencillamente: no existo yo, ni la extensión, ni Dios; lo único que hay son vivencias. Mis vivencias, caprichosamente unidas, sintetizadas por mí, las llamo "yo"; pero que a esa palabra yo, a esa idea yo, corresponda una realidad substancial en sí y por sí que sea el yo, el alma, eso no se puede averiguar ni tiene sentido preguntarlo. Del mismo modo, mis vivencias aluden a realidades fuera de mí. Pero yo no encuentro en ninguna parte substancias ni cuerpos, sino sólo vivencias. Por consiguiente, lo único que puedo tener es creencia, "belief", en el mundo exterior. Yo creo que el mundo exterior existe; creo que este vaso existe, que si bebo el agua que contiene voy a refrescar la boca; creo que esta lámpara existe; pero lo creo porque estoy acostumbrado a creerlo así por el hábito, por la asociación de ideas. Pero la existencia metafísica en

La "creencia" en el mundo.



sí y por sí de un mundo exterior allende mis vivencias, eso no está dado en lo único que yo puedo barajar, en lo único que me es dado: las impresiones.

Remata, pues, el empirismo inglés de Hume en un positivismo, en una negación de los problemas metafísicos, o en un escepticismo metafísico, como ustedes quieran llamarlo. Hume, claro está, no llega a poner en entredicho la ciencia; pero le pone un basamento, un fundamento caprichoso: el fundamento de la ciencia es la costumbre, el hábito, la asociación de ideas; fenómenos naturales, psicológicos, que provocan en mí la creencia en la realidad del mundo exterior. Yo estoy convencido de que mañana sale el sol; pero es nada más que porque estoy acostumbrado a verlo salir todos los días. Una razón no la hay. Que a la causa siga el efecto, está bien, porque yo estoy acostumbrado constantemente a ver que el efecto B sobreviene siempre que se produce la causa A; pero no existe una razón que haga de la relación causal, una relación apodíctica.

Como ustedes ven, aquí el psicologismo del empirismo inglés ha llegado a su máxima exageración, si se puede decir; a sus más remotas y más radicales consecuencias. La psicología lo ha invadido todo. El psicologismo ha deshecho la lógica y la ontología. El mundo de Hume es un mundo sin razón, sin lógica. Es así porque así es, porque yo lo creo en virtud de la costumbre, del hábito, de la asociación de ideas, de fenómenos biológicos en mi espíritu considerado naturalísticamente. Del mismo modo la ontología ha desaparecido. Todos los conceptos ontológicos fundamentales: el de substancia, el de existencia, han sido analizados y se han evaporado en puros haces de sensaciones. El psicologismo "à outrance" del empirismo inglés ha volatilizado el problema lógico y el problema metafísico, y ésta es justamente la característica del positivismo. Claro es que Hume cree que hay una ciencia posible, que hay creencias comunes de todos los hombres; pero es porque el hombre es un ser de acción, el hombre necesita actuar, necesita vivir; y para vivir necesita contar con ciertas regularidades de las cosas. Aquellas regularidades de las cosas que salen bien; aquellas

esperanzas que el hombre concibe y que luego se cumplen. como la de que salga el sol mañana, adquieren poco a poco el carácter de verdades. Por eso en el fondo, lo mismo que Hume es el predecesor del positivismo, puede decirse que también es el predecesor del pragmatismo, porque la única justificación de la verdad viene a ser, para Hume, la constancia habitual, la ejecutividad efectiva de esas percepciones que la esperanza, día tras día, va remachando en nosotros.

Positivismo  
metafísico.